

EL ABATE LAMENNAIS

Y SU

«ENSAYO SOBRE LA INDIFERENCIA EN MATERIA
DE RELIGION»

Julio, 1823.

Será cierto que existe en el destino de las naciones un momento en el cuál parece que los movimientos del cuerpo social no son más que las postreras convulsiones del moribundo? ¿Será cierto que pueda verse como la luz va desapareciendo poco a poco de la inteligencia de los pueblos, como se vé menguar gradualmente en el cielo el crepúsculo de la tarde? Entonces, dicen voces proféticas, están cara a cara el bien y el mal, la vida y la muerte, el ser y la nada; y los hombres van errando de una a otra de estas cosas como si tuvieran que elegir. Y entonces la acción de la sociedad ya no es una acción, sino un estremecimiento, débil y violento a la par, como una sacudida de agonía. Páranse los progresos del espíritu humano y sus revoluciones comienzan. El río ya no fecunda, sino que sumerge; la antorcha no ilumina ya sino que consume. El pensamiento, la voluntad, la libertad,, estas facultades divinas concedidas por la divina omnipotencia a la asociación humana, ceden su lugar al orgullo, a la rebeldía, al instinto individual. Sucede a la previsión social aquella profunda ceguera animal, que no ha recibido la facultad de distinguir, la aproximada

ción de la muerte. Por tanto, la rebeldía de los miembros trae consigo muy pronto la dislocación del cuerpo, a la que acompañará la descomposición del cadáver. El mal principia por la lucha, de los intereses pasajeros con las creencias eternas, despierta en el hombre algo de la bestia, y se hermana con su alma degradada, abdica el cielo y vejeta en una esfera inferior a la de su destino. Entonces quedan marcados dos campos en la nación, la sociedad no es más que un combate obstinado en una noche profunda, en la que no brilla más luz que el fulgor de los aceros que están chocando entre sí, y el centelleo de las armaduras que se rompen a pedazos. En vano saldría ya el sol para esos desgraciados, a fin de hacerles ver que son hermanos los que así se hacen cruda guerra. Encarnizados en su obra fatal tampoco le distinguirían; ciégales la polvoreda que levanta su combate.

Entonces valiéndonos de la solemne expresión de Bossuet, *un pueblo deja de ser un pueblo*. Los acaecimientos que se precipitan con una rapidez que siempre sigue en aumento, van impregnándose más y más de ese sombrío carácter de providencia y de fatalidad, y el corto número de hombres sencillos que se han conservado fieles a las antiguas predicciones, miran aterrorizados si se manifiestan señales en el cielo.

Esperemos que nuestras antiguas monarquías no están aún tan apuradas. Pero queda alguna esperanza de salvación mientras el enfermo no ha llegado a rechazar al médico, y el ávido entusiasmo que inspiran los cantos primeros de poesía religiosa que este siglo ha oído, prueban que en la sociedad hay una alma todavía.

A fortalecer ese soplo divino, a reanimar esta llama célebre, tienden hoy día los ingenios verdaderamente superiores. Trae cada cuál una centella al foco común, y merced a su actividad generosa, puede el edificio social volver a construirse con prontitud, a la manera de aquellos palacios mágicos de las leyendas árabes que una legión de genios terminaba en una noche. Hay, a no dudarlo, meditaciones en nuestros escritores e inspiraciones en los poetas. Por todas partes se eleva una generación seria y suave llena de recursos y de esperanzas. De-

manda su porvenir a los pretendidos filósofos del siglo pasado. Es pura, y como tal indulgente, hasta con aquellos reos viejos y descarados que se atreven a reclamar su admiración, pero el perdón que a los reos conceden no excluye su horror para con los crímenes. No quiere basar su existencia sobre abismos, sobre el ateísmo y la anarquía, repudia la herencia de muerte con que la revolución la persigue, se encamina de nuevo a la religión porque la juventud no puede de buena gana renunciar a la vida; y esta es la razón por la cual exige del poeta más de lo que de él recibieron las generaciones pasadas. En otros tiempos el poeta daba leyes al pueblo y nada más, ahora esta generación le pide creencias.

Uno de los escritores que más poderosamente han contribuido a despertar entre nosotros esta sed de emociones religiosas, uno de los que mejor saben calmarla, es incontestablemente el señor abate de Lamennais. Habiendo llegado en sus primeros ejercicios a la cumbre de la ilustración literaria, ese sacerdote venerable solo de paso parece que ha encontrado la gloria humana. Sus miradas van mucho más lejos. La época de la aparición del *Ensayo sobre la indiferencia* será una de las épocas notables del siglo. Por fuerza debe haber en este libro un misterio muy singular, pues que nadie puede leerlo sin esperanza o sin terror, como si ocultase alguna revelación muy elevada del destino que nos cabe. Apasionado a la par que majestuoso, sencillo y magnífico, grande y vehemente, profundo y sublime, se dirige el escritor al corazón por todos los caminos, a la mente por todas las bellezas, al alma por todos los entusiasmos. Ilumina como Pascal, abrasa como Rousseau, y aterra como Bossuet. Siempre deja en el ánimo señales de su tránsito, y a todos cuantos no puede levantar, derriba completamente. Debe servir de consuelo o desesperar sin remedio. Todo cuanto no puede fructificar queda sin vida a impulsos de su raciocinio poderoso.

Tocante a una obra como esta no puede haber opinión mixta; se la ataca o defiende arduosamente; y lo que hay de más singular en el destino de este libro es que a pesar de ser una necesidad en nuestro tiempo,

la moda ha favorecido su buen éxito. Es probablemente la vez primera que la moda se mete en el partido de la eternidad. Bien que su obra haya sido devorada, se han dirigido al autor un sin número de reconvencciones que cada cual debía dirigir a su propia conciencia. (1) Todos estos vicios que quería desterrar del corazón humano han gritado como los traficantes arrojados del templo. Se habrá temido que iba a quedar vacía el alma, luego de espulsadas las pasiones. Hemos oído decir a algunas personas que este libro austero entristecía su vida, y que este sombrío sacerdote arrancaba las flores del sendero del hombre. Está muy bien. Pero las flores que él arranca ocultaban el abismo.

(1) Entre otras un sacerdote protestante trató de refutarle, tachándole de intolerante, y en Roma, donde fué llamado por la publicación de su libro, tampoco quedaron muy satisfechos los altos dignatarios de la iglesia, pues a pesar de haberle agasajado mucho en el Vaticano, fué a poco separado de la comunión de los fieles. El libro de Lamennais, no obstante la pureza y ortodoxia general de su doctrina, contiene entre otras las siguientes ideas, que no sonarían acaso muy bien a los oídos de la corte italiana:

«Sólo la dulzura y la persuasión pueden hacer cristianos.»

«Hasta el mismo Dios no es independiente; se halla sujeto a las leyes que emanan de su naturaleza.»

«El amor de la libertad, en su pureza, no es más que la conformidad al buen orden.»

Por lo demás, ese libro está escrito con una elocuencia verdaderamente sublime. Sirva de ejemplo el trozo siguiente:

«Insensatos! (los impíos) en vano atacan a una religión contra la cual no está dado al hombre el prevalecer; la religión alza a pesar de todo la cabeza coronada de luz, mientras que ellos se precipitan de abismo en abismo, recorriendo en su caída todos los grados del error sin que consigan hacer alto en ninguno, y aplastados bajo la vengadora mole de las verdades que están blasfemando, se sumen más y más en el bátrito profundo de la indiferencia, donde el crimen estúpidamente tranquilo, trata de quedarse dormido en los brazos de la sensualidad, junto al ídolo horroroso de la nada.»

Y luego dice más adelante: «Sólo en el seno de la verdad está la dicha, porque sólo allí se halla el reposo. El error embriaga, y aletarga la indiferencia, más ni el uno ni la otra llenan el vacío del corazón.»

A estas horas, nadie ignora en Europa que Lamennais, sin haber dejado de creer en el Evangelio, y por el contrario, trabajando arduamente y con éxito glorioso para la aplicación social de sus divinos principios, nadie ignora, decimos, que también es él un convertido al liberalismo radical, un convertido probado ya por acerbos sacrificios, y las conversiones sinceras y desinteresadas de hombres de su temple, hacen sonreír de desdén al que mira a sangre fría la caterba de nuestros creyentes del día, que tienen, como los piratas, todas las banderas a su bordo para desplegarlas según las circunstancias con la misma caridad.

Esta obra ha producido también otro fenómeno muy digno de atención en nuestros días; es la discusión pública de una cuestión de teología, y hasta la frivolidad de los hombres de estado ha desaparecido ante el debate escolástico y religioso, debido al extraordinario interés que causó la edición del *Ensayo*. Pudo creerse que la antigua Sorbona de París recobraba su pasado esplendor, e iba a colocarse entre las dos cámaras de Francia.

Auxiliado el señor Lamennais en su fuerza por la fuerza de arriba, ha acostumbrado a sus lectores a verle llevando sin cansancio de uno a otro extremo de su inmensa composición el peso de una idea vasta, fundamental y única. A cada página se echa de ver que es dueño de un gran pensamiento, lo va desplegando en todas sus partes, ilumínale en todos sus pormenores, le explica en todos sus misterios, y sigue la crítica en todos sus resultados; y con la misma lucidez que se remonta a todas las causas, vuelve a bajar a todas las consecuencias.

Uno de los más señalados favores que hacen obras como esta, es el disgustar profundamente de cuanto han escrito incrédulo e irónico los jefes de la secta materialista. Cuando se ha subido a tamaña altura es imposible volver a bajar ya tanto. Una vez que se ha respirado el aire y visto la luz, es imposible volver a entrar en aquellas tinieblas y en aquel vacío. No siente uno poca compasión al ver a hombres que apuran el soplo que tienen de un día en querer apagar a Dios, o en formar uno a su antojo. Y entonces está uno tentado de juzgar al ateo como un ser a parte, organizado a su modo, y de creer que no anda muy errado en reclamar al puesto que le corresponde entre los brutos, pues cómo concebir sinó la rebeldía de la inteligencia contra la inteligencia! A más de que, no es una sociedad muy extraña, la de los individuos, entre los cuales cada uno tiene un creador de su creación, una fe según su opinión, disponiendo la eternidad mientras el tiempo se los lleva, y tratando de realizar la monstruosa *religión múltiple*? Semeja todo esto al caos que anduviese tras de la nada. Siendo así que el alma del cristiano, parecida a la llama azotada en vano por los caprichos del aire, tiende sin cesar hacia el cielo!

el espíritu de esos infieles es como la nube que cambia de forma y de rumbo según el viento que la empuja. Necesariamente debe uno reirse de verles juzgar las cosas eternas desde la altura de la filosofía humana, parecidas a niños inespertos que subiesen a duras penas a la cumbre de algún monte para examinar mejor los cielos.

Los que ofrecen a las naciones emborrachadas por tantos venenos el verdadero pan de vida e inteligencia, jamás deben desconfiar de la santidad de su empresa. Tarde o temprano los pueblos desengañados se agrupan en derredor suyo y dicen lo que Juan a Jesús: *Ad quem ibimus? ¿verba vitæ æternæ habes?* «A quien nos dirigiremos, sino a vos que teneis las palabras de la vida sempiterna?»

IMBERTO GALLOIX